

Leyenda del Covacho del Ladrón.

Por **Julia García**

De pequeña oía una y otra vez la leyenda del Covacho del Ladrón. No sé con seguridad cuánto hay de real en ella. Me fascinaba el misterio que envolvía al ladrón. Y más allá de lo contado mi imaginación volaba, fantaseaba sobre su vida y avasallaba con preguntas a los mayores. ¿Cómo era físicamente? ¿Cómo había llegado allí? ¿No tenía casa? ¿Era un maquis? ¿Era un moro escondido desde los tiempos de la Reconquista? ¿Vivía solo? ¿Era peligroso? Mi curiosidad aumentaba ante la falta de respuestas concretas. Nadie le vió durante el largo tiempo en el que día tras día iban desapareciendo reses de los atajos de ganado de los vecinos de las aldeas aledañas.

Era difícil situar la leyenda en un contexto histórico preciso, tampoco era necesario. A ellos también se la habían contado. Lo mismo podían ser los convulsos y agitados años de la II República, como los de la postguerra. O, como yo creía, muchísimo antes, cuando los moriscos.

A los lugareños cada atardecer en el recuento del ganado les faltaba algún corderillo o una oveja. A todos. Subían con los rebaños desde Camaretas y Bochorna a las faldas del Covacho Ladrón en el Monte Ardal. El Covacho se abría al valle en mitad de una gran roca caliza. A él no era fácil acceder, había que trepar por la roca. A ningún vecino se le había ocurrido nunca. Era un refugio perfecto, desde allí se oteaba todo el valle. Bajo él, una estrecha y pedregosa senda serpenteaba por aquellas escarpadas laderas y por ella desfilaban por la tarde los pastores con sus rebaños camino de la Cueva usada como abrigo en las temporadas en que no eran días de paridera.

Un vecino de Camaretas fue el primero en echar en falta entre sus ovejas a un corderillo. Le esperó por si venía rezagado, la noche acechaba y salió en su busca sin resultado. Al día siguiente le buscó por el monte, sin rastro. El mismo suceso fue aconteciendo en los días sucesivos con otros vecinos; cada dos o tres días les faltaba un borrego, un cabrito o una oveja. Nadie se lo explicaba. No eran tiempos de lobos. Las águilas podían alzar un pequeño corderillo pero no una oveja.

Así pensaron que alguien les robaba. Pero ¿quién? Y de dónde venía. Estaban alerta. En uno de esos días de pastoreo, Gervasio Cachas Negras, un zagal fuerte y corpulento y muy agudo, volvía del Labrado Peñasquero con sus ovejas y cabras y al pasar a los pies del Covacho se topó con un montón enorme de huesos, tan limpios como los dejan los buitres después de un festín. Muchos huesos. Eran de res.

Presintió que alguien habitaba el Covacho y tras comer los animales robados arrojaba los restos fuera. Así, se dispuso vigilante y al acecho. Al tercer día se tensó al oír el crujido de una rama y creyó ver escurrirse sigilosamente un bulto más oscuro que el terciopelo negro envuelto en la niebla, pero esa noche no faltó ninguna res. Al quinto día dió un respingo y sintió ira ante la presencia de aquel desconocido al que sólo vislumbró. Esa noche tampoco le faltó ningún animal. Una semana después, antes de ponerse el sol, una figura corpulenta emergió de entre las sombras fantasmagóricas de los pinos y se aproximó al final de la fila de ovejas. Sin dudarlo, Gervasio Cachas Negras desplegó y cargó su honda de esparto, apuntó y lanzó la piedra con fuerza contra la sién del ladrón que se derrumbó cayendo de bruces sobre las aljumas y tiñendo de rojo el mullido musgo del pinar. Siempre tuvo una puntería certera ■

La Deshistoria

Por **Miriam Vidal Pérez**

A día de hoy, y por increíble que parezca, mucha gente sigue cuestionándose por qué se celebra el Día Internacional de la Mujer. Esa gente se pregunta por qué millones de mujeres salen a la calle a protestar, a visibilizar y sobre todo a exigir igualdad. El Día de la Mujer se celebra, en parte, porque la sociedad ha decidido borrarlos de la historia. Y de la ciencia. Y de los movimientos culturales. Y de cualquier ámbito o esfera que no fuese el doméstico.

Que la mujer ha sido deliberadamente borrada de la historia es algo que podemos comprobar llevando a cabo un simple ejercicio empírico. Por todos es sabido que Neil Armstrong fue el primer hombre en pisar la superficie lunar en 1969 (eso no implica que fuese el primer ser humano en viajar al espacio: esa hazaña le corresponde a Yuri Gagarin (1961) pero no estamos aquí para hablar de americanos que manipulan la historia) y la fotografía de su huella en la superficie lunar pertenece, desde hace mucho, a la cultura popular. Pero ¿y si hablamos de Valentina Tereshkova? Tristemente, la mayoría de la población jamás ha oído su nombre. El hecho de ser la primera mujer en viajar al espacio (1963) no parece lo suficientemente meritorio como para que alguien, en algún lugar, hable de ella. Siguiendo esa línea, a lo largo y ancho del planeta vemos calles, plazas, edificios y demás elementos urbanos como dignos portadores del nombre Alexander Fleming, des-

cubridor de la penicilina y, por ende, salvador de millones de vidas. Que menos que ponerle su nombre a una calle, faltaría más. Con la que también podrían tener un detalle o, al menos, hacer visible su labor en el campo de la ciencia es con Gertrude B. Elion. Esta bioquímica y farmacóloga estadounidense fue galardonada con el Nobel de Medicina en 1988 por el descubrimiento y desarrollo de fármacos gracias a los cuales los trasplantes de órganos son una realidad.

¿Iba a ser el mundo de la literatura más justo con la obra literaria de la mujer? No. Evidentemente. Y más cuando puedes apropiarte de su creación y firmarla como propia al igual que hizo el usurpador y vividor Henry Gauthier-Villars. Tras descubrir el enorme talento de su mujer Sidonie-Gabrielle Colette, decidió ponerla a escribir para más tarde firmar él las obras y disfrutar del enorme éxito.

Todas estas "anécdotas" podrían considerarse minucias si lo comparamos con la violencia a la que se ven expuestas millones de mujeres por el mero hecho de serlo. Pero no, no son minucias. Porque de aquellos polvos, estos lodos. Porque la inequidad de la mujer es una constante en todos los ámbitos y su repercusión es inabarcable.

El pasado nos borró de la historia y el presente parece hacer poco para revertir esa situación, pero como bien manifestó Safo de Lesbos, ios aseguro que alguien se acordará de nosotras en el futuro! ■